

# Cuando la muerte se aproxima en silencio\*

Sonia Chacón  
Especialista en Informática Educativa  
Colegio San Pedro Claver  
Correo electrónico: sonia.chacon@sanpedro.edu.co  
Bucaramanga, Colombia



En la madrugada del domingo 24 de septiembre de 2017 Laura Andrea se despertó con una fuerte punzada en el pecho, que le llegaba hasta el hombro y no la dejaba respirar

Me sentía paralizada, no me podía mover, no me podía voltear, no podía gritar, como pude me levanté y fui al cuarto de mis papás, pero ellos me mandaron a dormir otra vez, porque mientras caminaba despacio el ahogamiento me fue pasando.

Durante ese día y sin que existiera una explicación empezó a sentir dolor al respirar y náuseas después de comer. Nohora, la mamá, encontró que tenía un poco de fiebre: “Seguro estaba durmiendo mal”. Esa era la explicación más fácil de dar, pero en las horas de la tarde Laura se mostró más débil, expresaba mucho dolor y vomitó los alimentos consumidos en el almuerzo. Esa fue la señal de alarma para que por fin decidieran llevarla a urgencias.

En la clínica Bucaramanga, la ingresaron sola porque ya tiene 19 años, le ordenaron una radiografía y lo único que le encontraron fue que “tenía una costilla de más”. El diagnóstico: espasmo muscular en la parte derecha del tórax, por ello la enviaron a casa con analgésicos y dos días de incapacidad. Nadie dijo que eso era un poco extraño e ignoraron que había tenido fiebre porque la familia no había usado un termómetro, solo “la mano de mamá”, y eso, no tiene validez ante la Empresa Prestadora de Salud (EPS).

Solo faltó a la universidad el lunes, donde estudiaba la carrera de Negocios Internacionales, pero a medida que el efecto de los calmantes disminuía, el dolor volvía a aparecer. En las noches, Laura necesitaba estar sentada y llena de almohadas a los lados para evitar el escozor del dolor. Durante el martes, miércoles y jueves se llamó a la EPS para apartar una cita médica, pero se demoraba por lo menos una semana.

Entonces el miércoles Nohora, la mamá, hizo lo que toda Santandereana haría en su lugar, la midió para ver si estaba abierta de pechos:

\* Crónica resultado del trabajo realizado en el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece la Unidad de Desarrollo Curricular y Formación Docente de la Universidad Santo Tomás

Cogí un trapito, la medí del ombligo al hueco que se hace al comenzar el cuello, doble esa medida, con eso le pase el trapo alrededor del pecho y como le sobaban dos dedos la sobé con aceite, pero no la fajé.

Laura terminó por ir a clases y trabajar en las monitorias administrativas que hacía en la Secretaría Académica de la Facultad de Ciencias Sociales, con las cuales se ayudaba a pagar el semestre.

De esta manera, llegó el jueves y Laura no podía dormir tranquilamente, no se podía mover con facilidad y estaba muy presente la dificultad para respirar. La situación parecía que empeoraba ante la vista de toda la familia, y cada uno intentaba dar una explicación a lo que le sucedía: que tenía bajitas las defensas, que eran inicios de gripa, que iba a salir con asma igual que la tía, que eran los cambios de clima, que era una virosis que estaba dando en todos lados... la lista parecía interminable y por más ilógico que pareciera todos esperaban la cita médica que se demoraba tanto para confirmar sus diagnósticos, por suerte no la automedicaron, esto hubiese traído consecuencias más graves de las que ya estaba viviendo.

## Decisiones

Al siguiente día, todos los síntomas se agravaron y esto hizo que Nohora llamará personalmente a la su hermana Marcela, una tía que trabaja en salud ocupacional, ella le pidió a un médico que atendiera a Laura y es ahí cuando toda la amabilidad y el bien sembrado en la vida dio algunos frutos.

El doctor Maldonado hizo seguir a Nohora y a Laura; una consulta normal posiblemente hubiera sacado a la mamá del consultorio o la hubieran dejado a regañadientes, pero al ser más cercano nada de esto pasó, por el contrario, escuchó atento cada frase y en su cabeza empezó a imaginar todos los escenarios posibles. Para tener más luces ante lo extraño del caso le dio una orden para realizarse unos estudios com-

plementarios, un cuadro hemático y un PSR. Marcela explicó que el último examen mencionado era "contabilizar un grupo de proteínas que produce el hígado y que tiende a aumentar como respuesta a una inflamación".

Es así como al poco tiempo una amiga auxiliar de laboratorio clínico tomó la muestra de sangre y la marcó no solo con el nombre de la joven sino con un rótulo invisible que parecía decir: "urgente, familia de Marcela". Después de una hora de espera llegaron los resultados y Laura volvió a pasar con el médico. El Dr. Maldonado le dijo que podía ser muchas cosas entre ellas un cuadro infeccioso y le mandó una ecografía hepato-biliar, pues el PSR estaba sobre 12 y lo normal es 0.6. Además, le pidió hacerse una radiografía de tórax para confirmar o descartar otros posibles diagnósticos.

Ese día, casi toda la familia salió a almorzar y a comentar sobre la ecografía y la radiografía, como es para personas particulares son costosas, y los contactos de la tía Marcela ya se habían agotado. "Eso es un espasmo como dijo el médico de urgencias, dijo José Hilario, el papá de Laura, omitiendo todo lo sucedido en los últimos días— ¿para qué hacerle ese examen?, más bien que se vaya a descansar a la casa". Lo que él olvidaba era que Laura es la primera nieta de doña María de la Cruz y que el menor asomó de peligro para su *muñeca* causa en ella una reacción visceral. Así fue como prácticamente entre la nona y la mamá obligaron a José Hilario a dar el dinero para los exámenes.

La familia decidió actuar completamente por su cuenta, en lugar de seguir el conducto regular en su EPS. Solo la mamá acompañaría a Laura a hacerse los exámenes, mientras la tía Marcela esperaría la foto de los resultados para entregárselos de una vez al médico y poder saber qué sucedía en el cuerpo de la joven.

A las dos de la tarde llegaron a Radiológica SAS, primero la pasaron a la ecografía, mientras las imágenes salían en la pantalla la persona

que realizó el examen se mantuvo seria, y cuando se le preguntó si pasaba algo, solo contestó que debía esperar a la radiografía. Después, llevaron a Laura a la radiografía y esta vez le pidieron a Nohora que la esperara afuera. Eso solo le trajo más sospechas sobre el estado de salud de la joven.

## Las pesadillas también se vuelven realidad

“Cuando me di cuenta estaban entrando y saliendo varias personas vestidas como enfermeras o médicos, parecía que la recepcionista me miraba más de lo que lo había hecho desde que llegamos... lo único que hice fue rezar”. Eso cuenta Nohora al recordar aquel momento.

En un momento dado salió la jefa de enfermeras sola y le entregó a Nohora una remisión en la que decía que la niña estaba sufriendo un derrame pleural y que requería atención médica inmediata. Poco entendía lo que estaba pasando, estalló en llanto, tomó la foto del resultado y se la mandó a la tía Marcela. Nohora la llamó, pero no fue capaz de hablarle, entonces la jefa le recomendó que llevara a Laura por urgencias.

A los cinco minutos llegó Marcela. “Solo he visto llorar a mi hermana dos veces: cuando me contó del aneurisma que se llevó la vida de mi papá y cuando se llevó a Laura a urgencias, yo solo caminaba detrás de ellas”, recuerda Nohora. Esta vez llegaron las tres a la atención por urgencias de la clínica Bucaramanga, y el celador después de leer la remisión les dijo que solo Laura podía entrar porque ya era mayor de edad. La respuesta de Marcela fue fuerte y contundente “mientras usted está perdiendo el tiempo ella se puede ahogar y usted no nos la va a devolver ¿cierto? Ella no está en capacidad de estar sola y yo no voy a dejarla tampoco, ¡hable con quién tenga que hablar!”. Así fue como dejaron a Nohora, la mamá, afuera de urgencias y entraron solo a Marcela y a Laura.

La primera enfermera que los atendió leyó la remisión, se la llevó y cuando volvió pasó a Laura de inmediato a la sala de reanimación, le pusieron oxígeno y canalizaron una vena para aplicarle el suero. Al poco rato la atendió un médico general que autorizó una resonancia magnética del tórax, el único problema es que no podían realizársela ahí, tendrían que trasladarla.

Al mismo tiempo, afuera de la clínica, el papá y la mamá recurrían a sus familias para encontrar el apoyo que no les daba el sistema de salud. Así fue como José Hilario llamó a uno de sus sobrinos que había trabajado ahí y le pidió que le ayudara para trasladarla pronto. Por su parte, Nohora llamó a su otra hermana para contarle lo que estaba sucediendo, ella trabajaba cerca de la clínica y de una vez se puso en marcha ayudar en todo lo que pudiera.

Cuando Nora llegó a la clínica vio al celador y sabiendo todo lo que sucedió, le dijo –“Vengo a traerle esta ropa a mi sobrina”, mientras mostraba el bolso con su bata blanca de trabajo en él. Para su sorpresa el celador no dijo nada y la dejó pasar; la dejó pasar luego de evitar que la mamá y el papá fueran a ver a su hija. Lo único que pudo esa otra tía fue intentar tranquilizar a Laura y dejarle su bata para que se arrojara, un símbolo de que todos estaban ahí pendientes de ella.

Al rato, llegó la ambulancia conseguida con ayuda del sobrino de José Hilario y la trasladaron a la clínica Chicamocha. Eran cerca de las 5:30 p.m. del viernes 29 de septiembre cuando bajaron a Laura de la ambulancia y fue necesario dejarla allí con todo y camilla pues no había un sitio disponible en urgencias.

Minutos después llegó el médico de turno y ante la incompreensión de Nohora y Laura empezó a tomar decisiones que tenían un sentido burocrático, pero definitivamente carecían de sentido común.



El doctor le mandó a cambiar el catéter que llevaba menos de 2 horas puesto, le volvió a ordenar todos los exámenes que ya traía, los exámenes de sangre, la radiografía y la ecografía. La única razón que dio para que no fuera llevada directamente al ultrasonido de tórax y se retrasara todo el proceso que se llevaba fue, en palabras de él mismo que “debe dejar constancia de que la atendimos aquí y le hicimos todos los procedimientos necesarios”. Todo lo trabajado, tanto en la anterior clínica como en las otras entidades particulares fue descartado y se necesitaba volver a hacerlo.

Desde las 6:00 p.m. hasta las 10:00 p.m. le practicaron los mismos exámenes con los mismos resultados para que fuera remitida al internista y se le hiciera la resonancia que había sido el motivo de su traslado de la clínica Bucaramanga a la clínica Chicamocha. La carrera contra el tiempo parecía estarse perdiendo en la burocracia del sistema de salud.

Por fortuna aquel era el sitio de trabajo del sobrino de José y fue él quien en persona trajo a la médica internista Madeleine Lucía Bracho para que atendiera a Laura. Ella la pasó a reanimación, le dio la orden para la resonancia magnética y le dio permiso de comer.

El diagnóstico era el mismo que le habían dado desde la primera radiografía: un derrame pleural y lo importante era saber si ese derrame era de sangre, si era debido a una infección con hongos o la presencia de bacterias, en fin, saber qué lo había producido, para eso le haría una punción, le sacarían muestras y comenzarían un tratamiento de aproximadamente quince días con antibióticos que podían cambiar dependiendo de los resultados que arrojará la muestra.

El sábado 25 de septiembre, después de mediodía la hospitalizaron en la habitación 701A, allí descanso un poco más y en la mañana la vio

la internista de nuevo. A pesar de que aún no respiraba bien, le quitaron el oxígeno y le hicieron la resonancia. Los resultados mostraban que no era sangre lo que tenía, sino otro tipo de líquido. Era necesario tomarle una muestra.

Esa noche Laura lloró. Por primera vez desde que comenzó todo se vio sola, adolorida y cansada, se sintió verdaderamente enferma ¿Cómo era posible que estuviera en la cama de un hospital y no supieran aún lo que tenía? Luego, descubrió que no podía ir al baño sola y eso la hizo sentir más vulnerable... tocó el botón de las enfermeras... la encontraron llorando en la cama. La jefa le prometió que dejaría que la mamá se quedara la siguiente noche y así lo hizo.

Solo hasta el lunes le hicieron la toracocentesis de drenaje, un hueco en la espalda por el que le sacaron 800 ml de líquido cetrino y dos muestras de analizar en el laboratorio; aun así, le quedó líquido en el pulmón. En un primer análisis y contrario a todo lo que se podía encontrar en la muestra, no había rastros de hongos ni de bacterias que justificarán lo sucedido y le fue diagnosticado un derrame pleural no clasificado en otra parte.

A la mañana siguiente comenzó un tratamiento abrasivo de medicamentos como Ampicilina Sulbactam, Claritromicina, Omeprazol, Tramadol, Metocloropramida y Acetaminofén. Poco a poco inició una mejoría, con sus puntos altos y sus puntos bajos, con los brazos completamente amoratados porque se le tapaban las venas y era necesario cambiar el catéter. Con momentos de soledad en las noches. Con la angustia de saber que esa enfermedad estaba deteniendo su estudio y su trabajo en la universidad. Con el pudor de no poderse valer por sí misma ni para cambiarse de ropa, pero recuperando sus fuerzas día tras día.

El 14 de octubre, casi veinte días después de que todo comenzará salió a hospitalización domiciliaria con tratamiento para una semana más y control con neumología hasta 2018. A pesar de que nunca se tuvo claridad sobre lo que la llevó a estar al borde de morir ahogada, sigue agradeciendo la oportunidad de estar viva y de afrontar todo lo que viene por delante, pues debe retomar su vida donde la dejó.